

## ***La biblioteca de Cortázar: una biografía secreta, un diálogo sin fin***

A Daniel Morales Perea, a donde quiera que se encuentre, dando la vuelta al día en ochenta mundos, mi amigo más cortazariano.

Sebastián Gámez Millán

“Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y simplificada la historia, que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido, y casi infinito, de biografías de un hombre, que destacan hechos independientes y de las que tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo. Simplifiquemos desafortadamente una vida: imaginemos que la integran trece mil hechos. Una de las hipotéticas biografías registraría la serie 11, 22, 33...; otra, la serie 9, 13, 17, 21...; otra la serie 3, 12, 21, 30, 39.... No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de los momentos en los que se imaginó las pirámides; otra, de su comercio con la noche y las auroras”<sup>1</sup>.

Aceptada la anterior hipótesis, que si no fuera por las convenciones que nos condicionan y determinan no es tan inverosímil como pueda parecer a simple vista, podríamos afirmar que una de las muchas biografías secretas de Julio Cortázar (1914-1984) puede rastrearse a lo largo de las casi infinitas líneas de los libros de su biblioteca, con los que mantuvo un apasionado, profundo y fecundo diálogo. Como sucede con nuestra vida, gran parte de ese diálogo ha desaparecido en el olvido; sin embargo, una parte del mismo lo podemos rescatar por las huellas que

---

<sup>1</sup> J. L. Borges, “Sobre el ‘Vathek’ de William Beckford”, en *Otras inquisiciones* (1952), reunido en *Obras completas I*, Barcelona, RBA, 2005, p. 729. Como le confesaría Cortázar una noche en París, Borges recibió y leyó y envió a la imprenta el primer cuento que Julio Cortázar publicó hacia mil novecientos cuarenta y seis, “Casa tomada”, en J. L. Borges, “Cuentos”, *Biblioteca personal. Prólogos* (1988), reunido en J. L. Borges, *Obras completas II*, Barcelona, RBA, 2005, p. 939.

perduran en esos libros con los que hablaba Cortázar, huellas en forma de signos y anotaciones en los márgenes en los que muestra su conformidad o su disconformidad con lo que decimos acerca del mundo.

Una biblioteca para un escritor no es sólo el espacio donde dialoga con los autores con los que ha ido reuniéndose a lo largo de la vida. Es, además, una biografía secreta, porque cada libro rememora las ciudades donde se encontró o donde se leyó, vivencias, lluvias, fiebres, estados de ánimo, estaciones de paso, paisajes, amores que fueron y vuelven... Es, con frecuencia, un espacio de creación a partir de esos autores de los que se nutre consciente o inconscientemente, voluntaria o involuntariamente. Con la realidad histórica y social que le toca vivir, y junto con la naturaleza, la biblioteca es posiblemente una de sus fuentes de inspiración esenciales. Es una caja de herramientas de las que se vale en todo tiempo, bien para plantear, bien para afrontar problemas literarios, emulando a sus más admirados y/o diestros autores.

Por expreso deseo de su viuda, Aurora Bernárdez, la Fundación Juan March de Madrid recibió en abril de 1993 la biblioteca que Julio Cortázar conservaba en su casa de la rue Martel, en París, compuesta por cerca de cuatro mil ejemplares, cuando le sorprendió la muerte. Desde hace algún tiempo se registra, analiza e interpreta de manera minuciosa las bibliotecas de poetas, escritores, artistas, filósofos y científicos, con el propósito de conocer más a fondo su obra y su vida: a qué autores leía y cómo los leía, qué conocía de primera mano y qué no, cuáles eran sus gustos y sus principales influencias, incluso las superficiales y subterráneas. A este método de aproximación hermenéutica, cuando no se tiene la suerte de contar con anotaciones del escritor, yo añadiría otro: demorarse en las líneas subrayadas.

Seguir con cautela las líneas subrayadas es como si nos adentrásemos en la intimidad y complicidad de sus pensamientos, pues se tiende a subrayar aquello en lo que nos reconocemos, aquello que al hablar de otros habla de nosotros, por ese rasgo del arte de elevar a plural lo singular, y lo singular a plural. Evidentemente, hay objeciones a este método: con el tiempo puede que no nos reconozcamos en las líneas subrayadas, porque nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Sin embargo, si dispusiéramos de las fechas en las que se subrayó, esto nos permitiría reconstruir con mayor precisión y justicia el retrato del artista tal como era entonces, y no tal como es desde el presente del pasado desde el que se acostumbra a interpretar.

Como nosotros tenemos la suerte de que Cortázar anotaba no pocas de sus impresiones y reflexiones sobre los libros de su biblioteca, vamos a seguir el rastro de esas anotaciones entre sueño y sueño, especialmente de las más vivas, curiosas y significativas para su vida y su obra. Por un lado, llama la atención algunas de las ausencias, como *El Quijote*, de Cervantes -¿acaso podía prescindir de él porque lo había interiorizado?-, nada de Juan Ramón Jiménez, nada de Jorge Guillén, nada de algunos de los prosistas más influyentes en español de su tiempo, como Camilo José Cela o Miguel Delibes.

En cambio, sí están presentes Borges, Neruda, Octavio Paz, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Lezama Lima, Alejandra Pizarnik, Federico García Lorca, Valle-Inclán y Juan Carlos Onetti, entre otros. Del primero, escribirá: “Lo que creo que Borges me enseñó a mí y a toda mi generación fue la severidad”. Como todo hijo según el psicoanálisis, necesitará matar al padre, de modo que entre las páginas del autor de *El otro, el mismo*, anotará Cortázar: “Penoso!”. Sin embargo, a pesar de ello y de la

progresiva fidelidad ideológica a Fidel Castro, nunca abandonará la fidelidad a Borges. ¿Contradicción? Más bien lección, pues la literatura y la amistad no debe confundirse con la política, enseñanza de la lógica múltiple que abre -y a la que nos abre- la obra de Cortázar.

De Borges, curiosamente, no hereda su obstinado rigor, quizá porque en ese aspecto Borges es casi inimitable, y arriesgarse a imitar un estilo tan personal puede salir muy caro, pues se palpa claramente el modelo que anda detrás. En cambio, sí parece heredar su voluntad de derruir los límites entre eso que llamamos realidad y ficción, vigilia y sueño, ampliando de esta manera nuestra concepción de la realidad. Ambos emplean elementos literarios de verosimilitud (referencias concretas de lugares reales, nombres de personas reales...), como inquietante y sorprendente contrapunto de la fantasía. Asimismo, despliegan la fantasía para explorar ámbitos de la realidad que a veces poseen una dimensión fantástica, y otras requieren de la fantasía para iluminarlos.

Con Neruda le unían muchos aspectos. Las memorias del poeta chileno, *Confieso que he vivido*, están repletas de anotaciones y réplicas. En un momento donde el poeta telúrico afirma que se comería toda la tierra y se bebería todo el mar, Cortázar responde: “Lo hiciste, Pablo, y a los demás les duele”. Más adelante, mientras Neruda habla de la soledad del niño poeta que fue, Cortázar responde de nuevo: “También me pasó a mí. También mi madre creía que plagiaba”. Es una muestra más de que leyéndonos, nos leemos. Y así se entrelaza la solitaria solidaridad de la literatura, pues la infancia caligráfica de Cortázar se reconoce en la infancia lírica de Neruda como si ante un espejo estuviera, y lo que era incompreensión y soledad se transforma en alumbramiento y hoguera.

¿Qué aspectos literarios debían de atraerle del autor de *Odas elementales*? Sospecho que, entre otros, su lenguaje impuro, esa singular manera de fusionar elementos líricos y prosaicos, además de su portentosa capacidad de metaforizar y su maravillosa forma de abrazar todo lo vivo y existente. Son aspectos que se encuentran en la obra de los dos, si bien de forma diferente, como no podía ser de otro modo.

En la biblioteca de Cortázar hay dos libros de Luis Cernuda: *Poesía y Literatura* (al parecer, un ejemplar de Mario Vargas Llosa fechado en París, 1965) y *La realidad y el deseo*. En la página 28 de esta última obra, anota: “La más íntima, sola, poesía. Rumorosa y mínima. Preludio de una tristeza segura”. Pero la admiración que siente hacia su poesía no le ofusca su capacidad crítica, como se aprecia dos páginas más adelante, donde indica: “Aquí, una adjetivación suntuosa, excesiva. ¡Pero cómo ordena tanta sustancia peligrosa! Un ritmo sabio y una estructura severa. Aquí vuelvo a hallarte, poeta”.

Y no será el único momento en el que disienta con Cernuda. En *Poesía y Literatura*, donde hemos comprobado que Cernuda era tan excelente crítico como poeta, se lamenta Cortázar en la última página de una comparación, a su juicio errada: “Compara a Galdós con Cervantes y Shakespeare. ¡No, hombre, por favor!”. Sin embargo, el diálogo general con Cernuda es enriquecedor, como deja entrever en la última página de *La realidad y el deseo*, donde leemos: “Un grande, un maravilloso libro, poeta”.

¿Cuáles podrían ser los vasos comunicantes entre la obra de Cernuda y la de Cortázar? Ciertamente, se puede y me atrevería a decir que se debe admirar la obra de un autor si reúne méritos para ello al margen de

que su poética y su estética converjan o no con la nuestra. Pero parece que lo más común es que nos nutramos de aquellos autores que nos ayudan a desarrollar nuestra obra, a pesar de que el género más recurrente en Cernuda es la poesía y en Cortázar es la narrativa. Pero quizá esto, antes que un inconveniente, es una ventaja, pues no se transparenta apenas el posible influjo recibido. Con la obra de Cernuda lo emparenta su romanticismo, su rebeldía y su condición nada o poco sobornable, además de su fidelidad moral. Y, en un plano lingüístico, su fusión del verso con la prosa –que se remonta al Romanticismo– en un lenguaje cada más conversacional sin perder de vista el ritmo.

Precisamente a propósito de Luis Cernuda, Cortázar disenta con Octavio Paz en un pasaje de *La palabra edificante*, un ensayo que el mexicano le había enviado al argentino desde Delhi el 2 de marzo de 1965. En la página 82 de este ensayo afirma Octavio Paz que “cuando la poesía de Cernuda era menospreciada en su patria y en el resto de Hispanoamérica (...)”. A lo que Cortázar replica: “Te equivocas. En esos años había algún argentino –muchos, creo– que veían en L. C. al más alto poeta español de su tiempo junto con Federico”.

A pesar de la obra ensayística inmensa de Octavio Paz, casi a la altura de su obra poética, incluso para algunos críticos superior a esta, aquí parece que Cortázar le corrige no exento de razón. Sin ir más lejos, el propio Federico García Lorca, “En homenaje a Luis Cernuda”, fechado un 21 de abril de 1935, había declarado: “No me equivoco. No nos equivocamos. Saludemos con fe a Luis Cernuda. Saludemos a *La realidad y el deseo* como uno de los mejores libros de la poesía actual de España”<sup>2</sup>. Si bien la recepción más amplia de la obra de Cernuda, salvo casos como el

---

<sup>2</sup> F. García Lorca, “En homenaje a Luis Cernuda”, *Obras completas I*, Madrid, Aguilar, 1975, p. 1195.

señalado o el del grupo *Cántico*, no llegará hasta más tarde, convirtiéndose en la actualidad en uno de los poetas más influyentes de la poesía española contemporánea.

Con Octavio Paz el diálogo y el disenso son constantes. *El arco y la lira*, posiblemente el ensayo literario de Paz más reconocido, está repleto de “NO” en los márgenes con bolígrafo de tinta roja. Pero el disenso, desde la amistad, no implica distancia ni lejanía. De hecho su amistad se mantuvo desde que se conocieron en los años 50. Y no dejaron de dialogar y dedicarse libros: “A Julio, más cerca que lejos, en un allá que es siempre aquí, Octavio”. O, como le escribe en *Viento entero*: “A Julio – no César: ¡Cortázar!; no capitán general– solitario combatiente en las fronteras ilimitadas del lenguaje, su lector, su partidario, su amigo, Octavio”.

Estas hermosas dedicatorias no sólo se suceden con Octavio Paz sino con otros muchos amigos, como con Lezama Lima, que le escribe: “Para mi querido amigo Julio Cortázar, el mismo día que recibí su magnífica *Rayuela*, le envió mi *Paradiso*”. Un ejemplar de otra de las obras de Lezama, *La cantidad hechizada*, se abre con esta dedicatoria aún más hermosa: “Para Julio Cortázar, el misterio de la amistad se iguala en ti a la alegre sorpresa de toda tu obra en esa fiesta de la epopeya que es tu escritura, ‘la danza del intelecto entre las palabras’, según Pound. Mi admiración te puede abrazar. Tu amigo, José Lezama Lima”.

No es casual ni raro que los libros hablen de una u otra manera de la amistad. Los libros, la literatura, la lectura, son amistad. Y no sólo porque lo afirmaran voces autorizadas como la de Robert Louis Stevenson o la de Marcel Proust, entre otros. Los libros, la literatura, la lectura, es

encuentro con el otro y reencuentro consigo mismo a través del otro, descubrimiento de sí –y quizá, con suerte, de la condición humana– gracias a la voz del otro. Pocos lo han sabido sintetizar como el filósofo Emilio Lledó:

“La verdadera obra literaria, pues, es una obra de *philía*, de compañía, de amor. Aunque diga cosas, aunque abra horizontes, aunque esté hecha de palabras y por supuesto de conceptos, es una obra de *philía*; si me apuráis, de *eros*. Pero en el fondo es el mismo problema: un problema de vinculación, de solidaridad, de amor, de tendencia, de búsqueda de otro o de otros. La verdadera obra literaria, pues, es compañía, compañía eterna”<sup>3</sup>.

En la biografía de Cortázar, como en la de cualquier otro ser humano, hay espacios que permanecerán velados. Aquí no nos hemos propuesto tanto desvelarlos como aproximarnos al ser humano y su obra a través del diálogo que mantuvo con los libros que le acompañaban. Sin duda, a través de este diálogo podemos asomarnos a una biografía casi secreta del autor de *Rayuela*, y, de paso, sugerir que la biografía de cualquier ser humano no sólo se compone de las etapas y la información que disponemos. En todo tiempo hay una palabra, una imagen, un objeto, un olor, una música que podría revelarnos una relación extraordinaria que desconocemos.

Como puede desprenderse de la investigación en torno a la última palabra que pronuncia Charles Forster Kane -trasunto ficticio de Willian Randolph Hearst- en la película más célebre de su admirado Orson Welles, *Citizen Kane*, por mucho que avance la ciencia, y en este caso concreto el periodismo, siempre habrá espacios de nuestra biografía que

---

<sup>3</sup> E. Lledó, “Palabras sobre José Ángel Valente”, reunido en *En torno a la obra de José Ángel Valente*, Madrid, Alianza-Residencia de Estudiantes, 1996, p. 76. Si bien el ensayo más esclarecedor del que tengo constancia acerca de la lectura como amistad es el de Wayne C. Booth, *Las compañías que elegimos. Una ética de la ficción*, México D. F., F. C. E., 2005.



permanecerán velados, y no sólo para nosotros mismos. En este sentido, la vida seguirá siendo un misterio, y no un problema que puede resolverse por medio de una investigación, por exhaustiva que sea o pretenda ser.

Además de una biografía secreta, o casi, la biblioteca de Cortázar es un diálogo sin fin, como apunta el título, porque la relación de Cortázar con la biblioteca, ciertamente, ha podido cesar. Pero Cortázar, a pesar de que el que lo emula se delata, tan personal es el estilo de este cronopio, sigue contando con admiradores que lo imitan. Y, en este sentido, no sólo Cortázar, sino también su biblioteca, sigue dialogando con nosotros, sigue haciendo amigos.